

# UNA BOMBA QUE SE VELA VENIR

M. VAZQUEZ MONTALBAN

## PRENSA EN LUCHA

### No nos callarán



Al igual que sus colegas barceloneses, los trabajadores madrileños de la Información y Artes Gráficas sacaron un periódico propio durante la jornada de huelga.

**E**L señor Juan tenía cartel en el barrio. De alguna manera, la calle Tallers es el "Fleet Street" barcelonés. En momento dado albergó las Redacciones de "La Vanguardia", "Tele/Express", "Gaceta Ilustrada", "Garbo", "Fotogramas", "Historia y Vida", "Por Favor", "El Pápus", "Barrabás", "Party", "Muchas Gracias". Era el clásico inmigrado que entra en el templo de este país a través de su solidaridad con el "Barça". Un auténtico forofo que pontificaba simpáticamente en el bar lanzando puyas a los periodistas deportivos cuando criticaban a "su Barça". Al señor Juan le divertían los humoristas que merodeaban por allí y solía frecuentar la Redacción de "El Pápus" y "Barrabás". Incluso había salido como figurante en alguna "Papunovela" tremebunda llena de "pecado y violencia". Era un conserje con sentido del humor, lo que ya tiene mérito, porque los conserjes y los porteros suelen ser profesionales malhumorados, sin duda por lo pesado y esclavo de su trabajo. Los que depositaron la bomba en "El Pápus" obraron con absoluto desprecio de edad, sexo, ideología y condición social. Debían pensar que la muerte es un acto de servicio, sobre todo la muerte ajena. Debían pensar que la muerte iguala a todo el mundo, "como ya se recoge en nuestra castiza tradición literaria medieval de la Danza de la Muerte". O tal vez no pensaron en ello. O tal vez no pensaron. Sí. Sin duda, pensaron, pero a tenor de otra lógica. En el contexto de una ciudad, de un país que se sacude el

miedo día a día y al que tratan de recordar de vez en cuando que la violencia estructural existe, un atentado como el perpetrado contra "El Pápus" tenía la lógica de la restitución del terror. Las generaciones que vivieron la guerra civil y protagonizaron la represión de la posguerra en el papel estelar de víctimas tuvieron el miedo como fiscalizador de su conducta. Un miedo total, radical, físico. Luego aparecieron otras promociones en mejores condiciones de superar el miedo y plantear un decidido jaque al franquismo. Hoy el miedo empieza a ser un recuerdo; el franquismo, una pesadilla casi superada; la democracia, una posibilidad instrumental para alcanzar metas colectivas progresivas. A ese clima superador ha contribuido decisivamente la prensa y, muy especialmente, la de humor. Tanto "Hermano Lobo" como "El Pápus" y "Por Favor" pueden apuntarse el tanto de haber entrado a saco en el franquismo, convirtiéndolo en el pelele grotesco de todas las semanas. Los franquistas no lo olvidan. Acorralados, en su soledad de un uno y medio escaso electoral meditan una estrategia del retorno, y quien a hierro venció y a razón perdió, a hierro quiere volver a vencer.

Al día siguiente del atentado la desinformación impidió que el entierro de Juan fuera más multitudinario de lo que fue. Pero por la noche prácticamente la totalidad de las Redacciones de diarios y revistas barceloneses y una impresionante presencia de obreros de talleres y personal administrativo compusieron una contundente manifestación. Partió del lugar del atentado. El edificio bombardeado parecía un vientre astillado. La veintena de redactores y colaboradores que pudo morir como consecuencia del bombazo se sumaban a la manifestación con el frío en el alma. Joan de Segarra parecía un personaje de Chandler algo más pálido. Ivá tenía el cabello aún más blanco y las dioptrías más afiladas. Ja paralizaba el mecanismo de su humor surrealista y marxiano. A los demás no les entreví entre la multitud, pero me los imaginé más sabios, poseídos por esa sabiduría que presta la cercanía de la muerte. Después del atentado, las amenazas habían continuado. La Redacción de "Cambio 16" y la de "Por Favor" recibieron llamadas que se autoidentificaron como de la Triple A.

Tal vez las hacía la Triple A o no. Fuera quien fuese, tenía alma de asesino.

La manifestación siguió el trayecto pactado entre las centrales obreras y el señor gobernador civil postrado en el lecho del dolor. No es que el gobernador civil haya caído víctima de la conmoción sentimental por el atentado o por la muerte del obrero inmigrado Frecher. Tampoco le han acertado con una bala de goma. El excelentísimo señor gobernador civil padece una hernia discal y dirige el orden y desorden de la ciudad des-

de la cama. Parece un tanto desbordado y éste es el sino de su vida política. En el País Vasco le desbordaron las policías paralelas, y aquí pueden desbordarle las paralelas, las convergentes, las perpendiculares y las angulares. No hubo gritos contra el señor gobernador porque ha sido recientemente nombrado y el hombre parece ir por el mundo con el corazón en la mano. Mucho cuidado, señor gobernador. Los "ultras" también tienen arqueros.

Pero los manifestantes sí gritaron contra el señor Martín Villa, chivo expiatorio de la impotencia gubernamental para reprimir en la tierra lo que no puede reprimir en el cielo. Es decir, meter en cintura a viejas amistades engorrosas que campan por sus respetos y entran y salen del orden al desorden como Pedro, sin duda San Pedro, por su casa. A veces se limitaban a pedir la dimisión de Martín Villa y en ocasiones se co-



"No más asesinatos", "Queremos una prensa libre", decían las pancartas que pasearon por las calles los trabajadores de la prensa barcelonesa. (Foto: SOTERAS.)



A través de manifestaciones, asambleas y suspensión del trabajo, los periódicos estuvieron ausentes de los quioscos durante un día tanto en Barcelona como en Madrid, donde la única excepción fue "El Alcázar", los trabajadores de la prensa expusieron su repulsa unánime del atentado contra "El Pápus". (La manifestación, en la madrileña plaza del Descubrimiento.)

gían viejos insultos al alcalde Viola para que le sirvieran al ministro Martín Villa. La rima entre "dimisión" y una serie de rotundos insultos castellanos se corresponde a la de "dimisión" y una serie de no menos rotundos insultos catalanes. En castellano y en catalán, el señor Martín Villa fue contundentemente adjetivado. Los manifestantes llegaron a su destino, el Gobierno Civil, repitieron sus gritos para que el señor gobernador los oyera desde la cama y la cosa tomó aires de serenata política. Si el señor Martín Villa hubiera estado presente, hubiera recorda-

do, sin duda, su querida "tuna" seculstica:

*Te juro, Juana, que tengo,  
que tengo ganas,  
ganas de verte la punta el pie,  
la punta el pie,  
la rodilla, la pantorrilla y el peroné.*

No estaba el señor Martín Villa para enseñar nada de esto, pero diríase que todo el mundo le veía el plumero. Grandeza y servidumbre de un ministro que ha perdido las viejas amistades poco recomendables y no ha conseguido nuevas amistades porque no se atreve a meter mano a las viejas

amistades poco recomendables. Una comisión de los manifestantes, en representación de las centrales sindicales actuantes en prensa, subió hasta la altura del yaciente gobernador para entregarle una declaración de principios. Dureza contra las bandas fascistas, garantías para la libertad de información, dimisión de Martín Villa, esta vez una dimisión sin adjetivos escritos, aunque los adjetivos debían ir por dentro. El señor gobernador es receptivo. Lleva barba como Ivá. Fuma en pipa como a veces Joan de Sagarra. Tiene aspecto de ser un

apasionado lector de la novela realista del siglo XIX. Compone una imagen no susceptible de ser repetida por los "ultras".

¿Dónde estaban los "ultras"?

Sin duda, alguno se sumó a la manifestación en plan de cachondeo. Había sonrisas reveladoras, distancias psicológicas evidentes. Hasta es posible que el asesino se mezclara entre el público manifestante. ¿Quién sabe su identidad? Quien sabe su identidad no va precisamente a detenerle, y menos en plena manifestación. Lo cierto es que el día de autos la plana mayor "ultra" de la ciudad tenía coartadas de novela de Agatha Christie. Todos, absolutamente todos, estaban a kilómetros del bombazo. Sin duda, para que no les alcanzara ni un fragmento de la cristalera del edificio. El señor Royuela, el simpático "ultra" que había visitado la Redacción de "El Pápus" para advertirles que tuvieran cuidado, que no "podía contener a su base", irritada por el antifascismo de la revista, estaba consternado. "¿Qué barbaridad!", decía una y otra vez. "Yo no he sido", añadía. Y tenía su lógica. "Yo sé dónde vive el director, dónde veranes, qué itinerario sigue. Nada más fácil para mí que ir a por él y no poner una bomba, que mata indiscriminadamente". Elemental, querido Watson. El señor Royuela se ha tomado la molestia de estar al día sobre todas las idas y venidas del director de "El Pápus", Xavier Echarri. ¿Por qué? O mejor dicho, ¿para qué? Para protegerle. No le cabe a nadie, pero es que a nadie, otra cosa en la cabeza. Porque en su día los "ultras de base" querían dejar ciego y cojo a Echarri, según el modelo del ex combatiente reproducido por la portada de la revista. Todavía no lo han conseguido. De momento, han dejado otra estampa familiar: escorbos y un hombre del pueblo con las tripas al aire. Muchos han recordado escenas de bombardeo de la guerra civil. Muchos han asociado aquella guerra y ésta. No se equivocan. ■

## Defendamos la libertad de expresión

De acuerdo con la conclusión adoptada en la reunión de directores de semanarios, publicamos a continuación el editorial conjunto sobre el salvaje atentado a la revista "El Pápus".

Nuevamente la libertad de expresión ha sido atacada. Nuevamente nuestras calles se han llenado de sangre. Como en un plan perfectamente previsto, grupos extremistas de derechas, empeñados en una acción desestabilizadora contra la democracia, han intentado sabotear el camino que nos puede llevar a la consolidación de un régimen de plena participación política, y han actuado impunemente, en pleno día, contra un semanario, convertido hoy en símbolo del papel de la prensa en defensa de una sociedad más libre, más justa y más representativa.

Nuevamente, hoy como ayer, y después de periódicas amenazas que se han convertido en elemento vivo de una tensión diaria en periódicos y revistas, un terrorismo que pretende la vuelta a la dictadura ha actuado contra un medio de comunicación social, quizá como representación de toda la prensa, y ha dejado un triste balance: un trabajador muerto, numerosas personas heridas y un edificio, el del semanario "El Pápus", al cual se ha elegi-

do como símbolo, totalmente destruido.

Estos atentados hoy en día, como ha señalado el editorial conjunto de la prensa catalana condenando el triste hecho, "tienen el objetivo común de cerrar el paso al proceso democrático que se ha iniciado en nuestro país".

Los atentados —sostenemos los semanarios que nos queremos comprometer con una condena que tiene que ir más allá de un compromiso coyuntural— pueden llevar al país a una nueva dictadura que nos traerá nuevos sufrimientos y más sangre en un país que debe olvidarse ya de enfrentamientos y que debe, ante todo, reconciliarse definitivamente. La actuación impune de los grupos incontrolados, la existencia de organizaciones paralelas, el funcionamiento descarado de grupos de ultraderecha con conexiones internacionales, exigen del poder no sólo una actuación inmediata, sino una explicación pública.

La masacre de la calle de Atocha, los atentados periódicos aún no esclarecidos, las amenazas contra dirigentes políticos y sindi-

cales, los oscuros y aún no aclarados muertos por grupos ultras en manifestaciones en diversos puntos del país, el constante estado de tensión en el que se está viviendo con rumores, maniobras económicas y campañas constantes dirigidas a paralizar a una sociedad por el miedo, indican claramente, como han señalado nuestros compañeros de Cataluña, que "la democracia está amenazada". Y para terminar con esta amenaza hay que pedir primero responsabilidades al Gobierno que tiene el deber de garantizar no sólo una libertad de expresión con la detención de unos culpables que no serán difíciles de localizar, sino una tranquilidad y garantía de que hechos de esta naturaleza no pueden repetirse. Porque en hechos de este tipo, por lo significativo, por lo arbitrario, por lo que significa de atentado contra los principios en que se deben basar toda sociedad civilizada, son los que pueden provocar, el derumbamiento de un edificio que queremos construir en el que tengán cabida absolutamente todos los españoles. Todos los españoles que aspiran a un país más humano, más libre, más pacífico, más justo y, sobre todo, más reconciliado. ■